

BX 2170

04

04



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

125186

*Sapientiam ipsorum narrent populi, et  
laudem eorum nuntiet Ecclesia.*

ECCLI. XLIV, 15.

Celebren los pueblos su sabiduría y  
publiquen sus loores en las asambleas  
sagradas.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

ILLMOS. SEÑORES:

HERMANOS MIOS:

**E**L espíritu de caridad que vive en el seno  
de la Iglesia y que la guía en todos sus ac-  
tos, nos reúne en la presente solemnidad al pie de  
los altares del Dios de las misericordias infinitas.  
Ahora no es para alcanzar del Divino Espíritu au-  
xilios de luz y rectitud para la venerable Asamblea,  
sino para hacernos volver la vista á los santos  
ejemplos que en los siglos pasados nos han deja-  
do los ilustres Prelados de esta provincia, y para



que elevemos al cielo humildes y fervientes plegarias por su eterno descanso.

Mi misión, hermanos míos, es en esta vez la de ayudaros á hacer esas gloriosas y edificantes reminiscencias; y exhortaros por este medio, á presentar á Dios la ofrenda de vuestros piadosos sufragios. ¡Qué difícil es mi misión! si se atiende por una parte á la pobreza de mis talentos, y por otra á la dificultad de encerrar, dentro de los límites de un discurso, el rico y abundoso caudal que proporcionan los anales verdaderamente ilustres de esta Santa Iglesia.

Las santas virtudes y preclarísimas dotes del Episcopado de esta provincia, nos hacen ver que el Autor de todo bien distribuyó entre ellos copiosamente el tesoro de sus dones según las necesidades de esta Iglesia. A unos les otorgó las necesarias para fundarla; á otros, los que convenía para su conservación, y á otros los que exigía su tutela y defensa: en todos, bendito sea Dios, anduvo pródiga la bondad Divina. Estos grandes beneficios nos han venido por las manos de la que, desde el principio, se nos ofreció como Madre tierna de los mexicanos, María de Guadalupe. ¡Tierna y constante protectora nuestra, pon bajo tu égida poderosa la debil palabra de tu ministro y el corazón de sus oyentes! *Ave María.*

El siglo XVI, hermanos míos, fué en la historia del cristianismo el siglo de las grandezas humanas. Sus hombres fueron grandes. Grandes sus santos, como S. Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier, S. Francisco de Borja y Santa Teresa de Jesús; grandes sus obispos, S. Francisco de Sales y S. Carlos Borromeo. Ese siglo produjo políticos como el Cardenal Jiménez de Cisneros, teólogos como Salmerón y Melchor Cano; místicos como Fr. Luis de Granada y el venerable Juan de Avila; poetas como Fr. Luis de Leon, Tasso, Garcilaso y Cervantes; arquitectos como Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, constructores del Escorial; y artistas, como Miguel Angel y Rafael. Y fué grande también ese siglo por sus acontecimientos. Justifican esta apreciación los inventos prodigiosos de la imprenta, de la pólvora y de la brújula; la construcción de la primera basílica del mundo, San Pedro de Roma; la celebración del gran Concilio en Trento. Pero entre todos esos acontecimientos, descuella con singular grandeza la conquista que hicieron de parte de este continente, para la corona de Castilla y para el reino de Jesucristo, el celo y las virtudes de los apóstoles del Crucificado. En ese siglo se erigió esta Iglesia de Michoacán, que saliendo de en medio de sus montañas y levantándose entre sus bosques seculares, fué á rendir obediencia al vicario de Jesucristo.



Uno de los doce primeros apóstoles franciscanos que hicieron la conquista espiritual de México, el Ilustrísimo Señor D. Fr. Luis de Fuensalida, fué electo primer Obispo de esta Iglesia de Michoacán. Sucesor, en la prelación regular, de Fr. Martín de Valencia, antes que otro alguno, predicó en lengua mexicana y fué el que mejor la supo hablar. Su profunda humildad le hizo rehusar la alta dignidad del Episcopado; su ardiente celo por la gloria de Dios le puso en su corazón el deseo de pasar al Africa para inmolarse en el martirio, predicando entre aquellas feroces tribus el Evangelio; pero desistió de su empresa, á instancias de San Pedro Alcántara, y volvió sus pasos hácia México; mas la muerte lo sorprendió en su camino, y terminó su vida el año de 1545, en Puerto Rico, donde está enterrado. Esta sencilla narración os hace ver, Señores, de qué talla era el primer Obispo de esta Iglesia, que si no tuvo la dicha de disfrutar de su gobierno, recibió y conserva el recuerdo de sus grandes virtudes, como los cimientos sobre que está levantada, en la historia de la cristiandad, esta distinguida porción del rebaño de Jesucristo.

El sucesor del Obispo electo Fuensalida, fué el Ilmo. Señor D. Vasco de Quiroga. Su nombre solo, es en la historia eclesiástica de las Américas una epopeya. Este ilustre y santo varón, ha conquistado en nuestros anales con razón el más alto

renombre. Es llamado justamente ornamento de la toga y de la mitra, el Ambrosio de las Indias, padre del siglo XVI, autor de la disciplina eclesiástica del continente americano, fundador de sus Iglesias, asilo de la miseria, creador de nuestro estado civil, insigne protector de los hijos de este suelo. No me pidais hermanos míos las pruebas de estos conceptos. No, no me las pidais, porque son innecesarias para los que vierten y para los que escuchan estas afirmaciones, cuando las vierten y las escuchan en suelo michoacano. No es menester ir á pedírselas á nuestros empolvados archivos que están llenos de los documentos más preciosos. Allí encontraríamos toda una legislación que fundó esta Iglesia; leyes, decretos, providencias, reglamentos, por los que se establecieron las parroquias, las doctrinas, los hospitales, asilos de niños y de personas desvalidas, y por los que fueron gobernados muchos años; y aun en nuestros tiempos, sin gran esfuerzo de observación, se ve en ese cuerpo de leyes, el fundamento de nuestras costumbres y de nuestras tradiciones, que han impreso su especial caracter y fisonomía á las Iglesias Mexicanas. Allí en nuestros archivos se hallan los primeros estatutos dados á esta Santa Iglesia y su Cabildo, de que ambos ciertamente hacen un título de honor; allí los expedientes terminados con los acuerdos y sentencias, en que se adunan la justicia y la más alta prudencia, reve-



ladoras de aquel espíritu de paz, que nacido de la más alta caridad, caracterizó y distinguió al señor Quiroga: allí están las últimas palabras que, consignadas en su testamento, legó á sus hijos los michoacanos; cada una de ellas que formuló en Uruapan, en que pasó á la vida eterna nuestro anciano padre, á la edad de 95 años, son otros tantos argumentos de solícito amor hácia nosotros sus hijos.

Todo da testimonio de la excelsitud del Señor Quiroga. Recorrió la extensísima Diócesis de Michoacán, comprensiva en aquel tiempo de los territorios de Jalisco, León, Zamora, S. Luis Potosí, Saltillo, Monterrey, Chiapas, Tepic, Colima, Zatecas, Durango, Chihuahua, Sonora, y Sinaloa, y su marcha es una huella luminosa que refleja la gloria de este gran Prelado. La agricultura le debe su gran incremento; la flora sus mejores adornos; él llevó al amenísimo pueblo de Ziracuaretiro los primeros vástagos de plátanos, que se extendieron con rapidez en todas las zonas templadas de nuestro continente. No necesito, hermanos míos, evocar, en apoyo de mis aserciones, las reminiscencias de épocas lejanas. Las benéficas instituciones del Señor Quiroga, resistiendo el doble y destructor martillo del tiempo y del espíritu de reforma de nuestro siglo, se presentan aun en nuestros días y elevan su elocuente voz para dar gloria á su bienhechor insigne. Como armoniosos

ecos de la más pura de las famas, llegan á nosotros tantos pueblos fundados. Capula, Teremendo, Cocupao, Patamban, San Felipe y tantos otros pueblos, venid aquí y decid en medio de esta nobilísima Asamblea del primer Concilio de Michoacán, á quién se deben vuestra fé, vuestra civilización, las industrias que dieron de comer á vuestros padres, y que os proporcionan el pan con que alimentais á vuestros hijos.

Abrid, hermanos míos, las páginas del primer Concilio Mexicano, y os mostrará en sus cánones penitenciales un momento de la profunda piedad del Sr. Quiroga.

Todo era grande en este insigne Varón. Tiene que separarse temporalmente de su Diócesis, para tomar parte en las deliberaciones del Santo Concilio de Trento, y deja encomendado el gobierno de su Obispado, á Fr. Alonso de la Veracruz, fundador sapientísimo de las Universidades de México y Tiripetío. Sus restos están sepultados en el Templo de San Agustín de esta ciudad y son objeto, aun en nuestros días, de profunda veneración de parte de los fieles.

Es materia hermanos míos, de una obra voluminosa, que no se ha emprendido todavía, el presentar completo el cuadro, en verdad glorioso, de todo el Episcopado de la Provincia, formado de 44 Prelados. Debe hacerse mención particular del Sr. D. Fr. Juan de Medina Rincón, primer Obispo resi-



dente en esta ciudad, gran escritor y biógrafo del Apóstol de tierra caliente.

Es preciso detenerse en el notable y edificante gobierno del Illmo. Sr. D. Márcos Ramírez del Prado. Convocó y presidió dos sínodos diocesanos, en 1,640 y 1,642; conservándose del primero ejemplares impresos que contienen veintisiete importantes constituciones sinodales. Pero el acontecimiento más notable de su largo Pontificado de 26 años, sin duda alguna es la inagotable caridad que desplegó, con motivo de la terrible peste, la más destructora de que se tiene memoria en el país. Fueron tales sus estragos, que la ciudad de Tzintzuntzan, que contaba 20.000 indios, quedó reducida á 200. Un testigo ocular de aquel desastre asegura que desaparecieron cinco sextas partes de la población indígena. En tan afflictivas circunstancias, el gran Prelado, con corazón de verdadero padre, desplegó toda la fuerza de su genio y todos los recursos de su ardiente caridad. Improvisó hospitales, multiplicó los lazaretos, derramó con profusión sus limosnas y administró personalmente los sacramentos á los contagiados. Semejante á S. Carlos Borromeo, se puso al frente de su clero para socorrer á su numerosa grey. Admira como pudo impender en su auxilio más de un millón de pesos, siendo como eran tan pequeñas las rentas del Obispado.

Destácase también con singular grandeza el

Illmo. Sr. D. Fr. Antonio de Monroy, el primer mexicano que ocupó la silla episcopal de Michoacán. Concedor de la filosofía de Santo Tomás de Aquino y gran teólogo escolástico, vistió el hábito de la Religión Dominicana, y fué tan manifiesta su superioridad, que mereció ser General de la Orden de Predicadores. Es tal vez el único mexicano que ha llegado á ese altísimo honor.

En este siglo décimo séptimo, cupo á la Iglesia de Michoacán la dicha de ser gobernada por el Illmo. Sr. D. Juan José de Escalona y Calatayud. Sus virtudes, sus beneficios y su memoria lo hacen verdaderamente preclaro. Distribuyó todas sus rentas benéficas y patrimoniales socorriendo á los pobres. Compraba muchos tercios de ropa en las ferias de Acapulco y Jalapa, que personalmente repartía entre los necesitados. Y llegó á vivir con tal pobreza, que alguna vez se sirvió para su persona de ropa prestada. Son numerosas las obras que emprendió y supo realizar. El palacio episcopal, el convento de Santa Catarina, las calzadas de Guadalupe y los Urdiales, las Iglesias de Indaparapeo, Tarímbaro y Otzumatlán, construidas á sus expensas, se deben á la munificencia del Sr. Calatayud. Sus restos mortales se hallan inhumados al pie del altar que en esta Basílica está dedicado á la Santísima Virgen de Guadalupe.

Sin dar á lo que voy á exponer para gloria de